

Domingo 3º TO (B)

I. Felipe Fernández Caballero

II. Sagrada Congregación para el Clero

III. Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)

IV Radio Vaticano.

I. LLAMADOS AL SEGUIMIENTO DE JESÚS PARA EL ANUNCIO DEL REINO.

MENSAJE CENTRAL

Comienza la proclamación de la Buena Noticia del Reino. Ante este Evangelio, que no es otro que la persona misma de Jesús, sólo caben dos actitudes: la conversión y la adhesión a Él por la fe. Los que aceptan su llamada al seguimiento constituyen una nueva comunidad de hermanos, comienzo del pueblo escatológico y signo de la presencia del Reino de Dios en el mundo

LECTURAS

“Pregona allí el pregón que te diré”

(Jon. 3, 1-5.10)

No somos nosotros los protagonistas del anuncio del Evangelio, sino Jesucristo y su Espíritu

"La tarea de anunciar a Jesucristo a todos los pueblos se presenta inmensa y desproporcionada respecto a las fuerzas humanas de la Iglesia. Las dificultades parecen insuperables y podrían desanimar si se tratara de una obra meramente humana. Lo que cuenta -aquí como en todo sector de la vida cristiana es la confianza que brota de la fe, o sea, de la certeza de que no somos nosotros los protagonistas de la misión, sino Jesucristo y su Espíritu" (Redemptoris missio, 35 y 36).

Jonás, enviado a Nínive a proclamar la conversión, intenta huir a causa de la dureza de la misión encomendada. Pero la palabra proclamada por el profeta, en obediencia al mandato de Dios, logra la conversión de aquella gran ciudad.

2º. "El momento es apremiante"

(1Cor.7, 29-31)

Cada cristiano, por el bautismo, percibe en sí la llamada personal de Cristo a una forma nueva de existencia que alcanza a la totalidad de su ser y le convierte en miembro de Cristo y templo del Espíritu.

Los llamados a dejarlo todo para el seguimiento de Cristo -consigna válida para todo cristiano- hemos de sentirnos libres de todo condicionamiento: embarcación, redes, lazos familiares, es decir, vivir la vida con Jesús, según la fe, la esperanza y la caridad, y no según los criterios del egoísmo, de lo útil, de la sola racionalidad

Pablo nos señala el motivo fundamental de esta actitud: Cada cristiano, por el bautismo, percibe en sí la llamada personal de Cristo a una forma nueva de existencia que alcanza a la totalidad de su ser y le convierte en miembro de Cristo y templo del Espíritu. La proximidad de la Parusía sitúa toda realidad humana bajo el signo de la conversión, palabra clave que da unidad a las tres lecturas de hoy.

3^a Evangelio. "Venid conmigo y os haré pescadores de hombres"

(Mc, 1, 14-20)

En su existencia terrena Jesús llama a los discípulos a 'vivir con él', invitándolos a su seguimiento' a su imitación, a la plena comunión con Él...Sin comunión con Jesús no existe apostolado.

El texto de hoy nos ofrece las primeras palabras de Jesús en el evangelio de Marcos y, a continuación, el primero de los hechos de su actividad en Galilea: la vocación de los primeros discípulos.

* *"Decía: Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios"*

Se ha cumplido el tiempo de preparación. Comienza la etapa decisiva de la Historia de la Salvación, la del cumplimiento de las promesas mesiánicas:

"Jesús de Nazaret lleva a cumplimiento el plan de Dios...La proclamación y la instauración del Reino de Dios son el objeto de su misión: 'Porque a esto he sido enviado' Pero hay algo más: Jesús en persona es la Buena Nueva, como Él mismo afirma al comienzo de su misión en la sinagoga de Nazaret" (Redemptoris missio, 13).

La cercanía del Reino de Dios se manifiesta en que Dios crea un mundo de hermanos que le invoquen como Padre:

"El Reino crecerá en la medida en que cada hombre aprenda a dirigirse a Dios como a un Padre en la intimidad de la oración; el Reino tiende a transformar las relaciones humanas y se realiza progresivamente, a medida que los hombres aprendan a amarse, a perdonarse y a servirse mutuamente; por tanto, la naturaleza del Reino es la comunión de todos los seres humanos entre sí y con Dios" (Redemptoris missio, nn. 14 y 15)

* *"Convertíos y creed la Buena Noticia".*

Es la respuesta a la proclamación del Evangelio: renuncia a vivir centrados en sí mismos, apertura de la propia vida a la filiación y la fraternidad que implica el Reino, y fe en el Dios capaz de otorgar al hombre un corazón y un espíritu nuevo:

"La conversión se expresa desde el principio como una fe total y radical que no pone límites ni obstáculos al don de Dios. Al mismo tiempo determina un proceso dinámico y permanente que dura toda la existencia, exigiendo un esfuerzo continuo por pasar de la vida 'según la carne' a la 'vida según el espíritu'. La conversión significa aceptar la soberanía de Cristo y hacerse discípulos suyos" (Redemptoris missio, n. 45)

* *"Venid conmigo y os haré pescadores de hombres"*

En su existencia terrena Jesús llama a los discípulos a 'vivir con él', invitándolos a su 'seguimiento' a su imitación, a la plena comunión con Él... Sin comunión con Jesús no existe apostolado.

La iniciativa del llamamiento parte de Jesús. Es Él quien se dirige a los apóstoles y los llama. La gracia precede siempre a la respuesta humana.

La elección del Apóstol no se justifica por sí misma, sino por la misión a realizar: es una vocación para llamar a otros. Y para el elegido se abre un nuevo itinerario que exige la aceptación, sin vacilaciones, de una ruptura total con el pasado: los llamados dejan su trabajo, su familia, su hogar, para establecer con Jesús una comunidad de vida y misión.

El relato de la vocación de los Apóstoles es programático para todo aquel que quiera entrar en la Iglesia y vivir la vida de Cristo en ella; cada cristiano ha recibido y sigue recibiendo incesantemente la llamada a la conversión y al seguimiento:

- lo es, especialmente, para quienes han sido llamados en la Iglesia a la comunión con Cristo por la consagración religiosa o sacerdotal: la vocación a la vida consagrada es, esencialmente, vigencia cristológica personal y comunitaria: es vida en Cristo y en la Iglesia, con una particular misión apostólica en el mundo.

- y se dirige hoy, con especial urgencia, a los jóvenes:

"A los jóvenes ruego que escuchen la palabra de Cristo que les dice, igual que a Simón Pedro y Andrés en la orilla del lago: 'Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres'. Que los jóvenes tengan la valentía de responder, igual que Isaías. 'Héme aquí, Señor, estoy dispuesto, envíame' (Redemptoris missio, n. 80)

HOMILÍA

El Reino del Padre era el centro de la vida de Jesús y la meta de sus aspiraciones. No puede extrañarnos, por ello, que iniciara su vida pública con este anuncio: "Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios".

"Se ha cumplido el plazo".

Es el instante en que Jesús se presenta como heraldo de un mensaje divino; ahora la palabra profética va a alcanzar su cumplimiento dando comienzo al nacimiento de una nueva situación para el hombre: al tiempo de la culpa y de la desgracia humana va a suceder el inicio del tiempo de la gracia divina y de la alegría de la salvación.

"Está cerca el Reino de Dios".

Dios reina siempre de distintos modos: en la creación, en la historia, y principalmente en la orientación de la vida de su pueblo. Pero aquí se trata de algo nuevo: del dominio definitivo de Dios en el corazón de los hombres. Por eso, la proclamación del reinado de Dios tiene el carácter de "Buena Nueva", de Evangelio.

Al anunciar la proximidad de ese reino, Jesús manifiesta que ha llegado el Dios de la misericordia y el perdón, el Dios de la justicia y de la paz. Viene para santificar, iluminar,

orientar y transformar toda realidad con el poder de su gracia. No se impone coactivamente, sino que llama a cada uno a la fe y a la libre acogida de su mensaje de salvación.

El que Dios venga a implantar su reinado en el mundo ¿significa la desaparición del pecado del hombre? Jesús no dice nada acerca de una inmediata transformación de la realidad humana hasta entonces vigente, pero sí que Dios va a asegurar al hombre la salvación de un modo nuevo y definitivo. Jesús va a reflejar esa voluntad salvadora de Dios por medio de signos: gestos de curación, expulsión de demonios, perdón de los pecadores, compasión de los sufrimientos y dolencias del pueblo.

De este “Evangelio” –Buena Noticia– nadie queda excluido. Pero Dios, que otorga al hombre su gracia, espera también una respuesta; por eso, al anuncio de la voluntad salvadora de Dios sigue esta exhortación de Cristo dirigida a todos y a cada uno: “*Convertíos y creed la Buena Noticia*”.

Con Jesús, la llamada a la conversión va unida a la respuesta de la fe: “*creer en el Evangelio*”. Fe y conversión están ligadas. Dios revela y otorga su salvación a través de Jesús, y la fe se muestra en la confianza en Jesús y en las fuerzas salvadoras que se hacen presentes en él.

Jesús no se contenta con el anuncio del mensaje de salvación: pasa a la acción y llama a unos discípulos. “*Les dijo: Venid conmigo*”. La conversión y la fe tienen que realizarse en el seguimiento del Señor. La llamada del enviado de Dios, por ser una llamada de Dios mismo, es categórica, poderosa, penetrante. Cuando Dios llama no cabe ningún titubeo. Y a partir de la respuesta a esa llamada, el discípulo entra en comunión de vida con el Maestro, que le señala su camino en la tierra y le hace partícipe de sus tareas: “*Os haré pescadores de hombres*”.

Las dos parejas de hermanos, Juan y Santiago, Pedro y Andrés, “*dejándolo todo, le siguieron*”. Oír la llamada de Cristo y asumir su tarea de implantación del Reino de Dios llevará consigo participar de su austeridad y pobreza de vida en este mundo, pero, también, la participación en el Reino eterno prometido por el Padre.

II. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO entre las LECTURAS

Convertirse, he aquí la palabra clave de este domingo. Los ninivitas, ante la predicación amenazante de Jonás, hacen penitencia y se convierten.

Jesús, según el evangelio de Marcos, comienza su predicación en Galilea invitando a la conversión: “*Convertíos y creed en el Evangelio*”.

En la segunda lectura se nos señalan las consecuencias de la verdadera conversión, porque el verdadero convertido vive con la conciencia de que la apariencia de este mundo pasa.

MENSAJE DOCTRINAL

Dios quiere la conversión.

Puesto que Dios ama al hombre y desea que éste sea feliz, quiere que se convierta y viva. Convertirse significa dejar el camino equivocado de una felicidad aparente y enderezar los pasos hacia el camino del bien, de la verdad y de la plenitud. Esto es lo que hicieron los ninivitas cuando Jonás predicó en su ciudad la destrucción a causa de su mala conducta. Esto es lo que hicieron igualmente Pedro y Andrés, Santiago y Juan cuando Jesús les llamó a su seguimiento: dejando el camino en el que se encontraban, siguieron el camino de Jesús. En la vida de la Iglesia, el bautismo es el lugar de la conversión primera y fundamental; pero la llamada de Cristo a la conversión, a impulsos de la gracia, sigue resonando en la vida de los cristianos, como tarea ininterrumpida de penitencia y renovación. (cf. CIC 1427-1428).

Conversión, fe, seguimiento.

La conversión es a la vez una llamada y una respuesta. Dios nos llama a convertirnos y el hombre responde con la conversión, gracias al don de la fe. En base a la fe en Dios, el hombre se convierte y vive la experiencia nueva de vivir orientado derechamente hacia Él. La fe que previene la conversión, también la acompaña y la sigue para dar frutos de conversión en la conducta y vida diarias. Una conversión sin el acompañamiento de la fe no sería otra cosa sino un puro y momentáneo sentimiento, un "fervorín" suscitado por una experiencia fuerte. Es decir, se reduciría a algo superficial y desprovisto de futuro. Sin embargo, cuando la conversión se funda en la fe y es acompañada por ésta, entonces lo más natural es que culmine con el seguimiento: ir pisando las mismas huellas de Cristo en el camino de la vida. En tiempo de Jesús, eran los discípulos los que escogían al rabino o maestro; Jesús hace al contrario: es él quien elige y dice a sus elegidos: sigue mis pasos, camina tras mis huellas. Así serás mi verdadero discípulo.

¿Por qué convertirse?

San Pablo en la segunda lectura nos lo dice: "El tiempo se acaba... la apariencia de este mundo está a punto de acabar". En otros términos, convertirse implica un doble motivo: primeramente, la conciencia de que este mundo no es eterno, es más bien efímero y pasajero; y en segundo lugar, la convicción de fe de que sólo Dios ha vencido el tiempo, no pasa, vive en el reino de lo eterno. La fugacidad de la vida humana y la eternidad de Dios, Padre rico en amor y misericordia, son dos verdades complementarias con las que se debe motivar toda verdadera conversión. Si hubiese otros motivos, habrá que pensar que son espurios y por tanto no dignos de consideración.

¿Es necesario convertirse?

En el mundo y la mentalidad actuales, hay muchos que están alejados de Dios, adoptan comportamientos inmorales en el ámbito familiar o profesional, son extraños a la vida de la comunidad parroquial o eclesial,...y con todo se creen que llevan una vida buena, que carecen de toda culpa, que no hacen mal a nadie, y por consiguiente que no tienen necesidad de conversión. ¿De qué habrá de convertirse cuando el hombre cree estar en el buen camino? Este es el verdadero drama de nuestro tiempo. La lujuria no es un pecado, simplemente es una evasión; el drogarse es en unos casos una necesidad, en otros se presenta como una

exigencia del medio ambiente juvenil. El murmurar o calumniar al prójimo es un convencionalismo social o un requerimiento del propio medro. La infidelidad matrimonial se reduce a una "escapada" sea en la realidad sea en los sueños. Quienes así piensan y actúan no ven necesidad alguna de convertirse, porque su comportamiento es "normal" y es aceptado socialmente. ¿Qué es lo que ha pasado en la Iglesia, entre los cristianos, para que muchos hermanos nuestros en la fe actúen de esta manera? Merece que examinemos a fondo este punto, no sea que incluso los mismos sacerdotes estén pensando que la conversión no les atañe ni tienen necesidad alguna de ella.

SUGERENCIAS PASTORALES

La fe opera la conversión.

La fe es la respuesta del hombre a la revelación que Dios nos hace de su verdad y de nuestro bien. Siendo verdad de Dios, no nuestra, tiene la impronta de la objetividad y por tanto debe medir nuestro comportamiento. Esa verdad de Dios para nuestro bien la encontramos en la doctrina dogmática y moral de la Iglesia. Reconocer esto es indispensable para abrir el alma a la conversión, mientras que no reconocerlo es cerrar la puerta a toda posibilidad de convertirse. ¿Creemos los cristianos en todas las enseñanzas que la Iglesia nos propone a nuestra inteligencia y a nuestra fe? ¿Son las verdades de fe y de moral, enseñadas por la Iglesia, los parámetros con los que medimos nuestra conducta? ¿Predican los sacerdotes la conversión como realidad que nace de la fe, que es labor permanente, que tiene una regla objetiva? Año tras año, siglo tras siglo, milenio tras milenio, Jesucristo continúa invitando a la conversión. ¿Será escuchado en el tercer milenio que apenas estamos comenzando? Seguir a Cristo hoy no puede equivaler a un certificado de buena conducta, a algo bien visto en el ambiente social en que vivo, a una moda pasajera y extravagante. El auténtico seguimiento de Cristo no puede hacerse sin una verdadera conversión, obra de una fe objetiva, intensa y profunda.

III. Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)

La idea central de Jonás es mostrar a Israel la misericordia divina para con los gentiles. La capacidad de escucha de la palabra profética, no tan frecuente entre el pueblo elegido, será portadora del anuncio de la misericordia divina si se convierten de sus pecados.

La invitación a la conversión y a la fe en el Evangelio es la frase con que Cristo comienza su acción pública. Que esta conversión esté vinculada con el Reino de Dios es la prueba de que pertenece a la enseñanza de Jesús. Lo que en Jonás era un plazo de amenaza, "Dentro de cuarenta días Nínive será destruida", en Jesús es un anuncio de salvación: "Se ha cumplido el plazo". Y, sin embargo, resulta más apremiante que el del profeta. Urge la responsabilidad de responder.

Cuando la sociedad, a fuerza de vivir de un modo determinado acaba por creer que no hay otro modo de vivir, se cierra ella misma el futuro. Y es que, a fuerza de acostumbrarnos a algo, lo creemos lo mejor. La llamada a la conversión tiene siempre como objetivo poner en cuestión el modo de vivir y de ser de cualquiera; convencerle de que hay otros caminos, que merece la pena recorrerlos.

LA FE DE LA IGLESIA

— “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15). En la predicación de la Iglesia, esta llamada se dirige primeramente a los que no conocen todavía a Cristo y su Evangelio. Así, el Bautismo es el lugar principal de la conversión primera y fundamental. Por la fe en la Buena Nueva y por el Bautismo se renuncia al mal y se alcanza la salvación, es decir, la remisión de todos los pecados y el don de la vida nueva” (CEC 1427).

— “El corazón del hombre es rudo y endurecido. Es preciso que Dios dé al hombre un corazón nuevo. La conversión es primeramente una obra de la gracia de Dios que hace volver a Él nuestros corazones: “Conviértenos, Señor, y nos convertiremos” (Lc 5,21). Dios es quien nos da la fuerza para comenzar de nuevo” (CEC 1432; cf. 1430).

— “Volver a la comunión con Dios, después de haberla perdido por el pecado, es un movimiento que nace de la gracia de Dios, rico en misericordia y deseoso de la salvación de los hombres. Es preciso pedir este don precioso para sí mismo y para los demás” (CEC 1489).

— “En el ‘‘cara a cara’’ con Dios, los profetas sacan luz y fuerza para su misión. Su oración no es una huida del mundo infiel, sino una escucha de la palabra de Dios, a veces un litigio o una queja, siempre una intercesión que espera y prepara la intervención del Dios salvador, Señor de la historia” (CEC 2584).

— “El que confiesa sus pecados actúa ya con Dios. Dios acusa tus pecados, si tú también te acusas, te unes a Dios. El hombre y el pecador, son por así decirlo, dos realidades: cuando oyes hablar del hombre, es Dios quien lo ha hecho; cuando oyes hablar del pecador, es el hombre mismo quien lo ha hecho. Destruye lo que tú has hecho para que Dios salve lo que él ha hecho... Cuando comienzas a detestar lo que has hecho, entonces tus obras buenas comienzan porque reconoces tus obras malas. El comienzo de las obras buenas es la confesión de las obras malas. Haces la verdad y vienes a la Luz” (San Agustín, ev. Ioa. 12,13) (CEC 1458).

IV Radio Vaticano

Te llamarás Pedro

En el evangelio de este segundo Domingo del tiempo ordinario Jesús va a cambiar el nombre a San Pedro. Jesús se le quedó mirando y le dijo: tú eres Simón, y te llamarás Céfas, Pedro. Cuando un amigo te llama, al pronunciar tu nombre la sonrisa asoma en tus

labios. Y si el amigo es capaz de transformar tu tristeza en alegría, ¿qué no te sucederá si el que pronuncia tu nombre es Dios? Algo de eso le debió pasar a Pedro. No es fácil oír a Dios pronunciar nuestro nombre, pero no porque no nos llame, sino porque no le oímos. Demasiados ruidos en nuestro interior. Demasiadas voces. Cantos de sirena que nos tienen atrapados en esas redes invisibles de nuestros caprichos. Y lo peor es que estando atrapados no lo reconocemos. En una palabra, si Dios fuera tu amigo, le oirías y quedarías encantado, y los ruidos dañinos dejarían de hacerte daño; los oirías, pero como quien oye llover, porque la voz amiga es más atractiva, más gozosa.

Veamos cómo dice esto mismo la primera lectura. El joven Samuel duerme en el templo, al cual fue consagrado por su madre Ana. Una noche, siente, escucha una voz que lo llama. Samuel no conoce aún a Yahvé pero educado en la obediencia, en la atenta obediencia, sabe acudir al llamado. Corriendo se fue a donde el sacerdote Elí y le dijo: "¡Aquí estoy!". Una y otra vez se levanta de su sueño para atender al que parecía le llamaba. Y si Elí insistía en que no le había llamado él, a Samuel no le importaba haberse despertado en vano.

Hasta que el sacerdote Elí, comprendió que era Yahvé quien llamaba al niño y le enseñó a decir: "Habla señor, que tu siervo escucha". Buen sacerdote, de los que hacen falta hoy como ayer. Un sacerdote cuya misión es poner a los fieles en contacto con Dios. Se me ocurre que si abundaran este tipo de sacerdotes no faltarían vocaciones.

Ayudar a los fieles a escuchar la voz de Dios, para que los fieles disfruten del gozo mayor que puede probar un ser humano en esta tierra: oír cómo el Señor pronuncia tu nombre. Efectivamente, en el mundo de hoy hay demasiados mensajes, casi todos ellos ruidosos y poco interesantes, de consumo, podríamos decir. Lo que me decían ayer hoy ya no me vale. Pero como seguimos hambrientos de buenas noticias, nuestros oídos siguen escuchando voces inútiles, que nunca nos llenan. Y Dios sigue siendo el gran desconocido en nuestro corazón, el gran silenciado en nuestro interior. No obstante El sigue llamándonos, no se cansa, es un Padre celoso de sus hijos.

Cuando en nuestra intimidad dejemos que suene su voz, seguro que nuestro rostro se iluminará, con una luz transfiguradora. Entonces, ¿saben lo que nos sucederá entonces?, que nos habremos encontrado a nosotros mismos la razón del vivir y de la propia vida, habremos encontrado el amor de nuestra vida.

Esto es lo que en términos demasiado conocidos, y a veces descafeinados, llamamos "vocación". El joven Samuel, dice la Primera Lectura, que no conocía a Dios -¿cómo no le va a conocer si era amigo del sacerdote Elí y estaba en el templo de Yahvé día y noche?- "hasta que le fue revelada la palabra del Señor". He aquí el secreto de la "vocación", quedar seducidos por esa voz tan nuestra que nace en lo más hondo de nosotros mismos".

Por eso San Pablo nos recuerda en su carta a los Corintios, Segunda Lectura, que el cuerpo es templo. "¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?... El habita en vosotros... No os poseéis en propiedad". Esto, que debería ser una convicción del bautizado, se nos tiene que recordar como mandato: "Por tanto, glorificad a Dios con vuestro cuerpo", pero los mandatos no suelen calar, tal vez por esto nuestro cristianismo falla.

Sin embargo, los primeros discípulos de Jesús, fascinados por el Señor, aunque tímidamente al principio, le siguen. "¿Maestro dónde vives?". Eran las cuatro de la tarde, dice San Juan. "¿Maestro dónde vives? -Venid y lo veréis, les respondió el Señor". El primer contacto les ha conmovido; cuando viven con él y se les revele en lo cotidiano de la vida, cuando le conozcan... no le abandonarán jamás, aunque Simón, Céfas, que significa Pedro, un día cometa el atropello de la negación. Pero no renunciará a Jesús, porque Jesús fue quien le llamó por su verdadero nombre.